ADMINISTRACIÓN LÍRICO-DRAMÁTICA.

LA PROCESIÓN CÍVICA

ZARZUELA EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

EMILIO SÁNCHEZ PASTOR

Y

SINESIO DELGADO

MÚSICA DEL MAESTRO

MARQUÉS

Representada por primera vez en el TEATRO DE APOLO
el día 13 de Junio de 1893.



MADRID
CEDACEROS, 4, SEGUNDO
1893

LA PROCESIÓN CÍVICA

ADMINISTRACIÓN LÍRICO-DRAMÁTICA

LA PROCESIÓN CÍVICA

ZARZUELA EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

EMILIO SÁNCHEZ PASTOR

Y

SINESIO DELGADO

MÚSICA DEL MAESTRO

MARQUÉS

Representada por primera vez en el TEATRO DE APOLO
el día 13 de Junio de 1893.



MADRID
CEDACEROS, 4, SEGUNDO
1893

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Dorotea	Sras. *Vidal.*
Concha	» *Campos.*
Luz	» *Corona.*
Camila	» *Rodríguez.*
El General segundo cabo	Sr. *Sanjuán.*
El Alcalde	» *Rodríguez*
El Gobernador	» *Ramiro.*
El teniente Garrido (Ayudante).	» *Soler.*
Pérez (Ayudante)	» *Zapater.*
Juan (Ordenanza)	» *Caba.*
Pepito	» *León.*

Soldados.—Vecinas.—Comparsas del cortejo histórico.

La acción en una capital de provincia.
Época actual.

Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 16 duplicado.

ACTO ÚNICO

Decoración de jardín. A la izquierda del actor, una fachada del edificio en que habita el gobernador militar, con puerta que da á la escena. A la derecha, un pabellón de dos pisos, también con puerta practicable, y frente al público ventana baja con reja. Al fondo, verja con puerta grande en el centro. Más al fondo, dejando todo el espacio posible, telón de calle. En el jardín, en primer término izquierda, velador grande con papeles y recado de escribir. Sillas y bancos distribuídos convenientemente.

ESCENA PRIMERA

SOLDADOS, CORO DE MUJERES.

MÚSICA

Al levantarse el telón suena dentro la campana que toca á misa. A poco se oye un toque de corneta y dentro la voz de «los de guardia á formar.» Por la derecha salen precipitadamente seis soldados y un cabo que forman paralelamente á la fachada del pabellón. Por la puerta de la verja del foro salen marchando ocho soldados al mando de otro cabo. Las dos guardias forman una enfrente de otra, previas las voces de mando correspondientes, con las armas *en su lugar descanso.* En este momento empieza el coro de mujeres dentro.

CORO. Á misa tocan,
vamos allá
que la campana
nos llama ya;

y á Dios pidamos
con devoción
que de las culpas
nos dé el perdón.

(Sale el primer grupo de mujeres, que cruza la escena de izquierda á derecha por detrás de la verja de foro.)

En la iglesia, para mí,
lo de menos es rezar,
lo de más es ver y oir
cómo rezan los demás.
Porque hay en este mundo
muy mala gente
que vive murmurando
constantemente.
¡Jesús, qué malas lenguas,
válgame Dios!
De las murmuraciones
libera nos. (Vanse.)
(Dentro.) El campanero
nos llama ya.
A misa tocan,
vamos allá.

(Durante este coro el cabo de la guardia entrante recibe la consigna del cabo de la saliente con las formalidades de ordenanza. Vanse los dos cabos con dos soldados á relevar los centinelas, con los cuales vuelven á poco. Forman de nuevo las guardias. La saliente se va, marchando por la puerta de la verja, y la entrante se disuelve desapareciendo de la escena por detrás del pabellón. Vuelve á sonar la campana y empieza el coro de mujeres dentro.)

CORO. Siempre ha tenido
solemnidad
la mayor fiesta
de la ciudad.
Hay en el templo

misa y sermón,
y por las calles
gran procesión.

(Sale el segundo grupo de mujeres y cruza la escena en la misma dirección que el primero.)

Á la iglesia no dejo de ir,
por el fraile que va á predicar,
porque es fama que tienen que oir
los sermones del padre Gaspar. (Vanse.)

(Dentro.) El campanero
nos llama ya.
A misa tocan,
vamos allá.

ESCENA II

DOROTEA, CONCHA *por el foro.*

HABLADO

CONCHA. Pero, mamá, ¿me quieres decir por qué no hemos llegado á la iglesia?

DOROT. ¿No has visto un tuerto en la esquina?

CONCHA. Y eso ¿qué?

DOROT. Que no puede menos de sucedernos una desgracia.

CONCHA. ¡Qué tontería!

DOROT. Mejor dicho, ya nos ha sucedido, porque en seguida nos encontramos con ese maldito teniente.

CONCHA. Pero ¡mamá!

DOROT. Ya te he dicho que no quiero esas relaciones. Luego he tenido la debilidad de decir á tu padre que le mandara al escuadrón, y eso ha bastado para que le tenga de ayudante toda su vida.

CONCHA. ¡Es tan bueno!
DOROT. Mejor es Pepito.
CONCHA. Pero no le quiero.
DOROT. Tú no sabes lo que te conviene. Pepito es una persona de gran posición en esta provincia. ¡El hijo del Alcalde!
CONCHA. Pero si su madre quiere que cante misa.
DOROT. No cantará nada; porque su padre está de acuerdo conmigo para impedirlo.
CONCHA. Y no seré feliz.
DOROT. Te equivocas. Tú no sabes nada de novios. No tienes experiencia.
CONCHA. Porque tú no me dejas tenerla tampoco...
(Salen el Gobernador y Luz.)
DOROT. ¡Ah! El Gobernador. No me faltaba más que esta visita. (A Concha.) Vete.
CONCHA. (¡Se empeñan en que sea desgraciada!) (Vase por la izquierda.)

ESCENA III

DOROTEA, EL GOBERNADOR, LUZ.

GOBERN. Señora...
LUZ. ¡Querida Dorotea!
DOROT. ¿Cómo están ustedes?
GOBERN. Perfectamente. ¿Y el General?
DOROT. Ha salido temprano.
GOBERN. Lo siento, porque necesito verle con urgencia.
DOROT. Pues ¿qué pasa? Siéntense ustedes.
LUZ. Yo estoy asustadísima.
GOBERN. A usted se le puede decir todo.
DOROT. Vamos, ya salió lo del tuerto.
GOBERN. Pues... he recibido este telegrama de Gober-

nación: (Lee.) «Madrid, etc. Póngase acuerdo autoridad militar. Confidencias mañana se alterará orden ahí durante procesión cívica. Suspenda Alcalde si es preciso.»

DOROT. ¡Qué atrocidad! Pero el Alcalde...

LUZ. Cuando *mandábamos* la provincia de Jaén también tuvimos que suspender al alcalde.

GOBERN. Cierto.

LUZ. Y cuando *mandábamos* en Guadalajara, lo mismo.

GOBERN. Dos veces.

LUZ. Este para eso es atroz. Cuando mandábamos en Zamora suspendió catorce veces á dos concejales.

DOROT. ¡Jesús! ¡Cuánto han suspendido ustedes!

GOBERN. Yo siempre que he suspendido ha sido por causa de elecciones.

DOROT. Pero ¿qué habrá hecho el señor de Cabecín?

GOBERN. Creo que antes ha sido republicano.

DOROT. Es un pobre hombre que no tiene opinión alguna. Yo lo siento por el chico que, según parece, anda haciendo el oso á Conchita.

LUZ. Será por pasar el tiempo.

DOROT. (¡Hola!) No señora, parece que es cosa seria.

LUZ. Pues... como usted comprende, nosotros debemos cumplir la orden del ministro.

GOBERN. Yo no sé qué hacer.

LUZ. A estas horas has debido consultar la ley municipal.

GOBERN. Ya se lo he dicho al secretario, pero no la conoce tampoco.

LUZ. ¿Y el oficial primero?

GOBERN. Menos.

LUZ. Pero ¿no hay nadie que la sepa bien?

GOBERN. Sí hay. El portero mayor la sabe al dedillo, pero está enfermo.

LUZ. Hija, no se puede tener mandos; ¡dan unos disgustos!..

GOBERN. Ahora sí que tengo que presidir la procesión.

DOROT. Mal hecho. Si se ha de alterar el orden, más vale que le coja á usted en casa.

GOBERN. Vaya, veo que el General no viene, y tengo mucho que hacer en el gobierno.

DOROT. No debe tardar.

GOBERN. Volveré luego.

LUZ. Sí, vámonos. Ya sabes que Pepito ha quedado en ir á vernos á las doce.

GOBERN. Vaya, hasta luego, ¿eh? No se olvide usted de decir al General que tengo que verle.

DOROT. Vayan ustedes con Dios. Pierda usted cuidado. (Vanse.)

ESCENA IV

DOROTEA. *Luego* EL ALCALDE.

DOROT. ¿Será posible que el Alcalde esté metido en esas cosas? ¡Y cómo visita su hijo á esta señora! Por fortuna, no me importa nada.

ALCALD. (Entrando.) Señora...

DOROT. ¿Cómo va, señor Alcalde?

ALCALD. Mal; muy mal. El hombre vive dos mil quinientas semanas, por término medio, y por lo menos en dos mil recibe un disgusto.

DOROT. ¡Usted siempre con los datos estadísticos!

ALCALD. La estadística es mi ciencia favorita. Bueno, pues... como usted es la protectora mía en todas las cosas, á usted vengo...

DOROT. ¿Qué le pasa á usted?

ALCALD. Un horror. Hoy hace doscientos siete años que entraron en esta población las tropas del archiduque Carlos. La expulsión fué instantánea. Los valerosos hijos de este pueblo arrojaron á escobazos á los alemanes.

DOROT. Ya, ya sé la historia.

ALCALD. Bueno, pues hoy se celebra la procesión cívica para conmemorar tan fausto hecho. He llevado diez años trabajando mi nombramiento de alcalde, sólo para presidir esta fiesta; tengo una alocución escrita, que contiene ciento veintidós renglones, y á este señor Gobernador civil se le ha antojado á última hora presidir la procesión.

DOROT. Ya, ya lo sé.

ALCALD. Y eso es un atropello inicuo. Y no debo ceder. Ya se lo he dicho á mi mujer: Cabecín y Zorrilla no cede; Cabecín y Zorrilla no cede...

DOROT. ¿Y en qué puedo yo ayudarle?

ALCALD. Allá voy. En todos los hombres mandan las mujeres: en el gobernador la gobernadora, en el secretario la secretaria, en el segundo cabo la segunda caba, y he dicho... usted me salvará.

DOROT. Pero ¿cómo?

ALCALD. Muy sencillo: que su esposo de usted le diga al Gobernador: ó preside el Alcalde ó presido yo; y como al General no le

contradice nadie... más que usted, el Gobernador civil se chincha.

DOROT. Veremos. Pero ¿y Pepito que no viene por aquí nunca?

ALCALD. ¿No? Yo le haré venir de cabeza.

DOROT. Déjele usted.

ALCALD. De cabeza. Con ese empeño que tiene mi mujer de que cante misa... Pero ya sabe usted lo que tenemos hablado.

DOROT. Sí, señor; pero yo no quiero quitar la vocación á nadie.

ALCALD. ¡Qué vocación ni qué ocho cuartos! Hoy mismo le pido al General la mano de su hija.

DOROT. ¿Hoy?

ALCALD. Sí, señora; así se conmemora la entrada del archiduque y su expulsión inmediata. Y apropósito. Ya traeré á usted la alocución.

DOROT. No; no hace falta. Hecha por usted, estará bien.

ALCALD. ¡Ahora sabrá el Gobernador quién es Cabecín!

ESCENA V

Dichos. EL GENERAL.

GENER. Ya me están á mí fastidiando con la fiestecita. Hola, señor de Cabecín.

ALCALD. Mi general...

DOROT. ¿Qué pasa?

GENER. Que me ocupan las tropas.

DOROT. ¿Hay formación?

GENER. ¡No hay formación! Lo que hay es otro telegrama del ministerio de la Guerra di-

ciendo que en esta provincia se reparten proclamas entre las tropas y que conspira el 57 de cazadores.

DOROT. No debe ser verdad.

GENER. ¡Sí debe ser verdad! ¡Y como yo coja una proclama!...

DOROT. De modo que la procesión de hoy la presidirá el Gobernador, según ha dicho él mismo.

GENER. Que presida.

ALCALD. (¡Señora, por Dios!)

DOROT. (Cállese usted.) Es consejo mío y de Luz.

GENER. ¿Tuyo? ¡Presidirá el Alcalde!

DOROT. (Como siempre.) Pero ¿por qué?

GENER. Porque yo le diré al Gobernador que ó preside el Alcalde ó presido yo.

DOROT. Vas á crear un conflicto.

GENER. Preside el Alcalde, y preside el Alcalde.

ALCALD. ¡Gracias, señora! ¡Gracias, mi General!

DOROT. (¡Que lo echa usted á perder!...)

ALCALD. (¿Que lo echo á perder?...) ¡Si vieran ustedes el trabajo que me ha costado hallar personajes para la procesión histórica!

GENER. ¡Cuánto dan que hacer las autoridades civiles, señor Alcalde!

ALCALD. Sí, y los personajes históricos. ¡Y mi mujer! que tampoco quería que yo presidiera.

GENER. No haga usted caso de las mujeres.

ALCALD. Como gobiernan el mundo, según la estadística...

GENER. El mundo tal vez, pero esta provincia no.

ALCALD. Esta provincia no. (Allá voy, señora.) Vamos á otra cosa. Pues... yo, don Roque Cabecín y Zorrilla, vengo á pedir la mano de Conchita para mi hijo Pepe. (Pausa larga.)

Pues... he dicho que vengo á pedir la mano de Conchita para mi hijo Pepe.

GENER. Ya lo hemos oído. (Pausa larga.)

ALCALD. Para mi hijo Pepe.

DOROT. Habla tú.

GENER. ¿Yo? ¿Creen ustedes que se puede contestar así de sopetón? ¿A ti qué te parece?

DOROT. Puesto que me lo preguntas, lo diré con franqueza. Una barbaridad.

ALCALD. (¡Señora!)

DOROT. ¡Una barbaridad! (Cállese usted.)

ALCALD. (¡Que me calle! Creo que usted misma...)

GENER. ¿Qué dice usted?

ALCALD. Que... vengo á pedir la mano de Conchita para mi hijo Pepe.

DOROT. (Lo está usted echando á perder.) Yo jamás consentiré en esa boda.

GENER. Estás excesiva en tus afirmaciones.

DOROT. ¿Excesiva? (Aparte al Alcalde.) Ahora va bien.

ALCALD. (¡Que va bien!)

GENER. Porque el señor es una persona respetable.

DOROT. Pero no quiero yo, ni quiere ella.

GENER. ¡Ah! ¿No queréis tú ni ella?... Concedida la mano de mi hija. ¿En principio, ¿eh?

ALCALD. ¿En principio?

DOROT. Yo te juro que no se realizará esa boda. (Al Alcalde.) Ahora va mejor.

GENER. ¡Pues se casará! Y ahora mismo, si se me apura.

ALCALD. Ahora mismo, sin papeles...

GENER. Y si tuviera cien hijas se casarían con su hijo de usted.

ALCALD. Usted me confunde con tantas hijas...

DOROT. Veremos quién puede más en esta casa.

GENER. Bueno, hemos acabado.

DOROT. Ya lo creo. (Vase.)

ESCENA VI

GENERAL, ALCALDE. *Luego* EL GOBERNADOR.

GENER. Tengo una esposa, amigo mío, que es e espíritu de contradicción.
ALCALD. De cada cien esposas, noventa y ocho llevan la contraria á sus maridos. Yo, después de este acto, tengo que traer á Pepito para que le conozca usted oficialmente.
GOBER. (Saliendo.) Señores...
ALCALD. (Ya está aquí mi enemigo.)
GENER. Me alegro de que venga usted, señor Gobernador. Con permiso de usted, señor Alcalde. (Bajo al Gobernador.) Tengo aquí un telegrama en que me dicen que se reparten proclamas entre las tropas.
GOBER. ¡Gravísimo!
GENER. Pero ¿qué hace la policía?
GOBER. Nada.
GENER. ¿Y usted?
GOBER. ¿Yo? Ayudo á la policía. También acabo de recibir este despacho. (Se lo entrega al General, que lo lee.)
ALCALD. Pues señor, ¿qué dirá ese telegrama? ¿Ocurrirá algo grave?
GENER. (Dejando de leer.) ¿Será cierto?
GOBERN. El texto no ofrece duda. Yo creo que debo vigilar á *ese* (por el Alcalde).
ALCALD. (¡Hola! Parece que se trata de mí.)
GOBERN. Como usted ve, ahí se dice que nos pongamos de acuerdo.
GENER. Ya lo estamos. En cuanto yo coja una pro-

clama, declaro el estado de sitio y barro al que se mueva.

GOBERN. Sin embargo, creo que debemos consultar á Madrid.

GENER. Vamos á mi despacho. Con su permiso. (Al Alcalde.) Son asuntos secretos.

ALCALD. Como ustedes quieran. ¡Ah! Poco más ó menos, ¿cuándo será la boda?

GENER. No lo sé; quiera Dios que el ministro de la Gobernación no lo eche todo á perder.

ALCALD. Pero ¿se opone el ministro?

GENER. Por fortuna, yo con la ley marcial lo arreglo todo pronto. (Vanse.)

ESCENA VII

EL ALCALDE.

Pues señor, no entiendo por qué se ha de oponer á la boda de los chicos el ministro de la Gobernación. Lo importante es que presido. ¡Y qué alocución! Dos años de trabajo me ha costado, Yo tengo que traerla para consultar... ¡Ah! Si la tengo aquí. ¡Qué cabeza la mía! (Leyendo.) «Al levantaros en armas contra los poderes ilegítimos, demostrando que sois hijos del Cid y de Pelayo, y de Gonzalo de Córdova, y de Agustina de Aragón, y de Almanzor, y de María Pita...» ¡Qué bien suena este párrafo! Pues ¿y este otro? «Los tiranos no duran más que lo que quiere este pueblo. ¡Puesto que sabéis barrer á los opresores, barredlos

siempre!» ¿Y el último? «Decid en este día conmigo: ¡Abajo el despotismo! ¡abajo la tiranía! ¡abajo las cadenas! ¡abajo!...»

ESCENA VIII

El Alcalde, Concha.

Concha. ¡Ah! Caballero...
Alcald. ¡Abajo!... ¡Ah!... ¡Querida hija mía!
Concha. ¿Cómo hija?
Alcald. ¿No le ha dicho á usted nada su mamá?
Concha. Mi mamá está furiosa.
Alcald. Ya lo he visto. Por cierto que no entiendo...
Concha. Han roto los criados la luna de un armario, y como eso tiene tan mala sombra...
Alcald. Sí, eso es atroz; pero á pesar de eso yo quisiera ver á su mamá...
Concha. (Y Enrique que va á venir...)
Alcald. ¡Ah! Ya he pedido su mano de usted.
Concha. ¿Mi mano?
Alcald. Sí, para Pepito; y su papá me la ha concedido en principio.
Concha. ¿En principio?
Alcald. Sí, señora; y si se proclama el estado de sitio, cosa hecha.
Concha. Pero ¡Dios mío! ¿es posible?
Alcald. Así conmemoramos la entrada del archiduque y su expulsión.
Concha. (¡Y no se va!)
Alcald. En fin, si no puedo hablar ahora con su mamá, lo haré más tarde. Pero la voy á dejar á usted esta alocución Que la lea. Esto la desarmará. (Le entrega los papeles.) Es un documento que me ha costado dos

años de trabajo. Adiós, hija; voy á traer á Pepito para presentarle al General.

CONCHA. Vaya usted con Dios.

ALCALD. ¡Cómo se emociona! ¡Claro! Yo también me emociono... (Vase foro.)

ESCENA IX

CONCHA, EL TENIENTE GARRIDO.

MÚSICA

GARRID. ¿Estás solita?
CONCHA. Solita estoy.
Tengo que hablarte.
GARRID. Pues allá voy.
CONCHA. ¡Mi Enrique!
GARRID. ¡Mi Concha!
CONCHA. ¡Mi dueño!
GARRID. ¡Mi bien!
CONCHA. Soy muy desgraciada.
GARRID. Yo lo soy también.
Tu papá,...
tu papá no quiere
que te quiera tanto
y como es mi jefe
le sufro y le aguanto.
Pero tres
dias ha
que me trae así
á mata caballo
de aquí para allí.
CONCHA. Mi mamá...
¡mi mamá no quiere
que te corresponda!

y tengo una pena
muy grande y muy honda,
porque en todas partes
veo á mi mamá
que me va siguiendo
de aquí para allá.

GARRID. Señor de Garrido,
venga usté al instante;
señor ayudante,
vamos á salir.
Ni duermo, ni como,
ni paro un momento;
cansado y hambriento,
me voy á morir.

CONCHA. ¡Pobrecito mío,
que es tan desgraciado!
Desde hace veinte horas
no pruebo bocado,
y ahora, por el ansia
de venirte á ver,
tampoco he podido
dormir ni comer...

LOS DOS. ¡Ah, bien mío, yo te quiero,
yo te adoro, dulce bien!
así,
mi bien...

GARRID. } Tu papá, etc.
CONCHA. } Mi mamá, etc.

HABLADO

CONCHA. ¡Qué desgraciada voy á ser!

GARRID. Pero ¿no iba á ser cura el hijo del Alcalde?

CONCHA. Se conoce que ahora quiere ahorcar los hábitos.

GARRID. Antes le ahorcaré yo.

CONCHA. Pero yo diré que no, y que no.

GARRID. Pero ¿cómo ha venido eso tan de sopetón?

CONCHA. Yo no sé.

GARRID. ¿Qué papeles son esos? (Por los que Concha tiene en la mano.)

CONCHA. Tampoco lo sé. Me los ha dado el Alcalde.

GARRID. Vengan.

CONCHA. No puedo; son para mi mamá.

GARRID. ¿No puedes y te los ha dado el Alcalde? ¡Ca! Tal vez sean cartas de su hijo.

CONCHA. Pero no seas tonto; ¿no te digo que son para mi mamá?

GARRID. ¡Quién sabe!

CONCHA. ¿Dudas de mí?

GARRID. Mientras no me los entregues...

CONCHA. ¡Pero si no son míos!

GARRID. Pero ¿á qué viene ese empeño?

CONCHA. Bueno, tómalos para que te convenzas. (Se los entrega.)

GENER. (Dentro.) Salga usted por aquí, es lo mismo.

CONCHA. ¡Ay! ¡mi papá! (Vase primera izquierda. Garrido va á marcharse por detrás del pabellón, pero el General le llama y le detiene.)

ESCENA X

GARRIDO, EL GENERAL, EL GOBERNADOR.

GENER. ¡Eh! ¿dónde va usted? Espérese ahí. (Al Gobernador.) Bueno, usted consulte ó haga lo que quiera, aunque en estos casos lo mejor es adelantarse á los acontecimientos.

GOBERN. Bien, pues hasta luego. (Vase verja foro.)

GENER. (A Garrido.) ¿Qué hacía usted aquí? ¿Por qué no está usted en su despacho?

GARRID. Pasaba... y vine...

GENER. ¿Adónde? ¿No le tengo á usted prohibido salir de las oficinas sin mi permiso?

GARRID. Mi general, es que... vine á buscar unos papeles...

GENER. ¿Unos papeles aquí? ¿Qué papeles son esos?

GARRID. Unos... unas hojas.

GENER. A ver, entréguemelos usted en el acto.

GARRID. No son míos, pero puesto que usted lo manda...

GENER. (Coge los papeles y lee): «Al levantaros en armas contra los poderes ilegítimos...» ¿Qué es esto? «Los tiranos no duran más que lo que quiere este pueblo.» ¡Qué barbaridad! «¡Abajo el despotismo! ¡abajo...» ¿Quién le ha dado á usted esto?

GARRID. No puedo decirlo.

GENER. ¿No, eh? ¡Arrestado en su despacho! (Debe tener razón el ministro de la Guerra.)

GARRID. Pero, mi general...

GENER. ¡Arrestado en su despacho preventivamente! Luego se las entenderá usted con el fiscal.

GARRID. (¿Con el fiscal? ¿Qué habrá en esos papeles?) Mi general, yo la quiero con todo mi corazón.

GENER. Basta. He dicho que arrestado. (Vase Garrido.)

ESCENA XI

EL GENERAL. *Luego* JUAN.

GENER. ¡Qué atrocidad! ¡Proclamas en manos de mis ayudantes! Y no quiere decirme quién se las ha dado... ¡Esto es atroz! (Á Juan que sale en este momento.) ¿Qué busca usted?

JUAN. Me mandan.

GENER. ¿A qué?

JUAN. A buscar unos papeles que ha traido el Alcalde.

GENER. ¿El Alcalde? ¿Conque el Alcalde? ¡También tenía razón el ministro de la Gobernación!

JUAN. No sé.

GENER. ¡Sí, señor! Cuádrese usted. ¿A qué batallón pertenece usted?

JUAN. Al 57 de cazadores.

GENER. ¡También son coincidencias!

JUAN. No señor; cazadores nada más.

GENER. ¡Usted debe ser del complot!

JUAN. No señor; soy de la segunda compañía.

GENER. ¿Y viene usted por esos papeles del Alcalde? ¡Arrestado!

JUAN. (Me he caído.) Mi general, si es por lo de la luna, debo decir á vuecencia que yo no la he tocao.

GENER. ¡Arrestado en su domicilio!

JUAN. Y ¿dónde está eso?

GENER. ¿El qué?

JUAN. El domicilio.

GENER. Aquí, bárbaro. ¡Largo! (Vase Juan.) Resulta verdad lo del Alcalde. Hay que declarar el estado de guerra... Si ese Gobernador se decidiese...

ESCENA XII

EL GENERAL, EL ALCALDE, PEPITO.

(El Alcalde, de frac, con banda y multitud de cruces, llevando de la mano á Pepito, á quien no suelta durante la escena.)

ALCALD. Perdon, mi general, si venimos á interrumpirle. (Presentándole.) Pepito, mi hijo; es decir, nuestro hijo.

GENER. ¿Cómo nuestro?

ALCALD. Sí, señor, porque como pronto lo será también de usted...

PEPITO. Servidor de usted.

GENER. Muy señor mío. No es éste el momento oportuno para estos asuntos. ¿Sabe usted que hay muchas cosas graves en la atmósfera?

PEPITO. (Aparte al Alcalde.) (Me recibe mal.)

ALCALD. (Aparte á él.) (Eso es al principio.) ¿Cosas graves?

GENER. Sí, señor, y ya hablaremos á solas. (Pasea por la escena.)

PEPITO. Si quiere usted que me vaya...

ALCALD. No, ahora no. Pues yo también, es decir, nosotros también tenemos algo que contar. (Siguiendo al General sin soltar á Pepito.) Cosas de éste, porque como los enamorados son así...

GENER. ¡Parece mentira, Sr. Alcalde!

ALCALD. Sí que lo parece. Y lo será. Éste dice que tiene usted un ayudante, un teniente que... En fin, yo supongo que son celos infundados.

PEPITO. Vámonos, papá.

ALCALD. (Cállate.) Celos infundados.

GENER. Ese teniente está ya arrestado y se le formará la correspondiente sumaria.

ALCALD. Muy bien. Así no hay estorbos.

GENER. ¿Conque á usted le parece perfectamente el arresto? Pues, amigo mío, tengo el gusto de participarle que tengo en mi poder los papeles.

ALCALD. ¿Ya? Nosotros no, porque como mi mujer se empeña en que éste cante...

GENER. Pero de eso no podemos hablar hasta que se declare el estado de guerra.

ALCALD. (A Pepito.) (¿Ves lo que yo te decía? Hasta que se declare el estado de guerra no puedes casarte.) ¡Cómo me choca eso, mi general! Porque yo me casé en estado normal, y...

GENER. ¿Y á mí que me importa?

PEPITO. (Nos trata mal.)

ALCALD. (Eso es al principio.)

GENER. Parece que trata usted de llevar la conversación á otros asuntos. (A Pepito.) Usted, á pesar de ese aire de doctrino, supongo que me entenderá perfectamente.

PEPITO. Yo hago lo que quiera papá.

ALCALD. El setenta y tres por ciento de los hijos de padres conocidos en esta provincia hacen lo que quieren los padres conocidos.

GENER. Bien, basta; ya hablaremos de esto. Ahora tengo mucho que hacer en las oficinas.

ALCALD. (A Pepito.) (Díle adiós)

PEPITO. Mi general...

GENER. No se olvide usted de que están en mi poder los papeles. (Vase por detrás del pabellón.)

ESCENA XIII

Alcalde, Pepito.

Alcald. ¡Tiene los papeles! ¿Ves qué hombre tan activo?

Pepito. Vámonos, papá.

Alcald. ¡Qué pesadez! Vete tú. Yo tengo que hablar á la señora. Y tú debías de saludar á tu futura.

Pepito. Me da vergüenza.

Alcald. ¡Qué inocencia! Pues debías irte soltando. Esas son las consecuencias del seminario. Ahora no sabes acercarte á tu mujer.

Pepito. Ya me ensayaré.

Alcald. ¿Cómo?

Pepito. Con otras mujeres.

Alcald. ¡Con otras! (Es un ángel.) Vete, no quiero que saludes á esta señora, porque está de mal humor y te recibiría mal.

Pepito. ¿Peor que el General?

Alcald. ¿Cómo peor? Anda, vete y espérame en casa. Dí á tu mamá que se disponga para venir á ver la procesión con la generala.

Pepito. Bueno. (Vase.)

ESCENA XIV

El Alcalde. *Luego* Concha. *Después* Garrido. *Al fin* Juan.

Alcald. ¡Qué chico! ¡Y qué actividad la de este hombre! Hace un cuarto de hora que le he pedido la mano de su hija y ya tiene

los documentos... La milicia es así. Todo á paso de carga.

CONCHA. (Saliendo precipitadamente por la izquierda.) Caballero...

ALCALD. ¡Ah! Señorita...

CONCHA. Vengo á dirigir á usted una súplica.

ALCALD. Hable usted.

GARRID. (Saliendo precipitadamente detrás del pabellón derecha.) Caballero...

ALCALD. ¡Caramba! ¡Usted!

GARRID. Vengo á hacer á usted una advertencia.

ALCALD. Pero ¿no estaba usted preso?

GARRID. Sí, señor, pero el asunto es muy importante.

ALCALD. Hablen ustedes.

CONCHA. Yo no amo á su hijo de usted.

GARRID Esa señorita no ama al zanguango de su hijo de usted.

CONCHA. Señor Cabecín, de usted depende nuestra felicidad.

GARRID. Denos usted palabra de deshacer este casamiento.

ALCALD. Pero si yo no puedo... Si es cosa de su mamá de usted, que me protege contra el Gobernador, y por ella presido.

CONCHA. Compadézcase usted de nosotros.

GARRID. ¡No sea usted terco!

ALCALD. ¡Si el General tiene ya los papeles!

CONCHA. Nos mata usted.

GARRID. Y si usted nos mata, voy yo en seguida y mato al niño.

ALCALD. ¡Qué barbaridad!

JUAN. ¡El General!

ALCALD. ¡Demonio! Arréglense ustedes con él, si pueden. (Vase.)

GARRID. Adiós; voy á escape á mi despacho.

CONCHA. Adiós. (Vase corriendo izquierda.)

JUAN. No; por aquí no, mi teniente; porque por aquí viene mi General.

GARRID. ¿Y dónde me meto? ¡Ah, aquí! ¡No digas que me has visto! (Se esconde en el pabellón.)

ESCENA XV

EL GENERAL, JUAN.

GENER. ¿Donde está el teniente Garrido?

JUAN. No sé, mi general.

GENER. Pues ¿quién estaba aquí ahora?

JUAN. El... El señor Alcalde.

GENER. Y ¿quién se ha escondido ahí precipitadamente?

JUAN. Pues... él.

GENER. ¿Quién?

JUAN. El... El mismo señor Alcalde.

GENER. ¡El Alcalde! ¿Conque el Alcalde anda por aquí sin que yo lo sepa, y el teniente Garrido quebranta el arresto?... ¡Hay algo indudablemente! Pues aquí se queda. Ganemos tiempo. (Cierra la puerta del pabellón y se guarda la llave.)

JUAN. ¡Le fusilan sin remedio!

GENER. Que busquen inmediatamente por todas partes al teniente Garrido. (Vase izquierda.)

JUAN. Lo diré, mi general. (Pero me parece que no lo van á encontrar tan pronto.)

ESCENA XVI

JUAN, GARRIDO *en la reja del pabellón.*

GARRID. ¡Juan!

JUAN. ¿Qué manda mi teniente?

GARRID. ¿Se ha ido?
JUAN. Sí, señor.
GARRID. ¿Puedo salir?
JUAN. No, señor, porque se ha llevao la llave.
GARRID. ¡Se ha llevado la llave! Pues ya tengo encierro para días. ¡Y lo peor es que no había almorzado!
JUAN. Si quiere mi teniente que yo le traiga alguna cosilla...
GARRID. Sí, y avisa á la señorita de paso.
JUAN. Voy en seguida. (Vase izquierda.)
GARRID. ¡Maldita casualidad! Yo encerrado aquí, sabe Dios hasta cuándo, y Concha en peligro de casamiento... En cuanto salga, me como al hijo del Alcalde.

ESCENA XVII

EL ALCALDE, CAMILA, PEPITO.

PEPITO. Papá, yo preferiría ir á la procesión contigo.
ALCALD. No, señor; tú no puedes menos de acompañar á tu futura.
CAMILA. No sé por qué te empeñas en violentar al chico sabiendo que le tira la Iglesia.
ALCALD. Pero puede variar, porque de cada veinticinco que se dedican á la carrera eclesiástica cantan misa diez.
CAMILA. Y los demás ¿qué cantan?
ALCALD. Canciones populares, si llega el caso. Tú (A Pepito.) ¿qué dices á esto?
PEPITO. Yo... haré lo que quieran ustedes.
CAMILA. Es que tu papá quiere que le hagas el amor á Conchita, y yo que seas cura. ¿Qué vas á hacer?

PEPITO. Pues... las dos cosas.
CAMILA. Ya ves si es inocente.
ALCALD. Sí, pero hay que dar gusto á la señora del General. (A Camila.) Sácame esta medalla, que no se ve bien.
CAMILA. Pero ¿qué llevas? ¡La medalla de la cofradía del Perdón!
ALCALD. Sí, señor; todas las medallas que tenía. Es preciso que el Gobernador rabie mucho.
CAMILA. Bueno, pero no obligues al chico á que haga el amor á esa niña. Él no sabe de esas cosas.
PEPITO. No; no sé.
ALCALD. Pues que aprend.a. La estadística demuestra que debe casarse.
CAMILA. ¿La estadística?
ALCALD. En esta población no hay más que un matrimonio por cada cincuenta metros cuadrados de superficie, y siendo el número de solteras superior en una cuarta parte al de célibes, es preciso favorecer el casamiento de cada varón con una mujer y tres décimas.
CAMILA. ¡Jesús! ¡Cuánto disparate!
ALCALD. ¿Disparates? Haz los cálculos como yo los he hecho. (A Pepe.) O hazlos tú.
PEPITO. ¿Yo? Prefiero hacer el amor, aunque no sé.

ESCENA XVIII

Dichos. DOROTEA, CONCHA.

DOROT. Señora... ¿Cómo va, pollo?
CAMILA. Bien, ¿y usted, niña?
CONCHA. A la disposición de usted.

ALCALD. (A Pepito.) Ponte á su lado.

DOROT. Señor Alcalde, ¿usted aquí? ¿No preside usted al cabo la procesión?

ALCALD. Sí, señora; pero falta un cuarto de hora todavía y he venido á acompañar á éstos.

DOROT. Siéntense ustedes.

CAMILA. ¡Ay! A mí lo de la procesión me desconcierta. Llevo ya un mes diciendo: Cabecín, no te metas en nada; Cabecín, no te metas; Cabecín...

ALCALD. Y apropósito, ¿qué le ha parecido á usted mi alocución?

DOROT. ¡Ah, sí! Ya me ha dicho la niña... Se ha perdido. La hemos buscado por todas partes, y... nada.

CONCHA. Nada. (¡Pobrecito, se va á morir de hambre!)

DOROT. Supongo que la procesión será muy lucida.

ALCALD. He hecho lo que he podido. Verán ustedes. Primero, los chicos de las escuelas municipales con pendones; segundo, los chicos de las escuelas provinciales con pendones; tercero, los chicos del Instituto con pendones.

DOROT. ¡Cuánto pendón!

CONCHA. ¡Y cuánto chico!

ALCALD. Cuarto, los barrenderos de la villa.

DOROT. ¿Con pendones también?

ALCALD. No, señora, con las alabardas al hombro.

DOROT. Ya, con las escobas.

ALCALD. No, no, con alabardas auténticas del siglo XVII; quinto, cuatro soldados del archiduque arrastrados por el populacho de la época; sexto, diez y seis hombres vestidos de judíos que representan la corte del archiduque.

DOROT. Pero ¿de judíos?

ALCALD. Sí, señora, con los trajes que tiene el obispo para las procesiones de Semana Santa, y como los alemanes son protestantes, están perfectamente vestidos de judíos. Luego un alguacil del ayuntamiento con uniforme de miliciano nacional del año 23.

DOROT. Estará bonito.

ALCALD. Después Felipe V, que es el jefe de consumos, llevando á su izquierda al príncipe de Condé y á su derecha al cardenal Richelieu. Felipe V lleva un cartel en la mano donde pueden leerse estas palabras: «Viva España. Liberté, egalité, fraternité.»

PEPITO. ¡Olé!

ALCALD. ¿Qué dices?

PEPITO. Es que requiebro á la niña.

ALCALD. Por último, todas las corporaciones presididas por mí, con las placas y condecoraciones que ustedes ven.

DOROT. Muy bonito. ¡Qué bien le está á usted esa gran cruz!

ALCALD. ¡Ah! ¿Esta? Es la de Cristo de Portugal. Me la dieron por Bravo.

DOROT. ¿Qué heroicidad hizo usted?

ALCALD. Ninguna. Por Bravo, aquel cónsul de Portugal que hubo aquí hace tres años.

CAMILA. Diga usted que sí hizo algo. Le prestó tres mil pesetas, y eso que yo le decía: «Cabecín, no se las prestes; Cabecín, que no te las devuelve; Cabecín...

ALCALD. Y, en efecto, no me las devolvió. De cada cincuenta pesetas que se prestan, se devuelven...

DOROT. Veinticinco.

ALCALD. No, señora; ninguna. Vaya, con su permiso, voy á celebrar el acto más grande de mi vida. Voy á presidir. Hasta luego. (Aparte á Pepito.) Atrévete mucho, mucho.

PEPITO. Bueno.

ESCENA XIX

DOROTEA, CONCHA, CAMILA, PEPITO. *Luego* LUZ. GARRIDO *en la reja.*

DOROT. Está en sus glorias.

CAMILA. Se sacrifica por el pueblo.

DOROT. Pero usted, Pepito, ¿qué hace tan callado? ¿No piensa usted decir nada?

PEPITO. Yo... yo pensaba decir misa; pero papá y mamá...

CAMILA. No, á mí no me metas en eso.

PEPITO. Bueno, pues papá solo...

CONCHA. (Estoy violenta.)

DOROT. Nosotros nos consideramos honradísimos con la elección que ustedes han hecho.

PEPITO. Sí, señora, todo ha sido cosa de papá y... papá.

DOROT. ¿No se perderá usted, verdad?

PEPITO. No, señora.

DOROT. Siempre con papá...

PEPITO. ¡Ay, la gobernadora! (Sale Luz por la verja del foro.)

LUZ. Buenos días.

CAMILA. Querida Luz...

DOROT. ¡Qué tarde!

(Mientras se saludan y se sientan, Concha aprovecha la ocasión para separarse del grupo y acercarse cautelosamente á la ventana del pabellón.)

LUZ. ¿Y cómo aquí, Pepito?

PEPITO. Se empeñó papá...

DOROT. (Y dale con papá.)

(Concha llama á la ventana y aparece Garrido.)

GARRID. ¿Eres tú?

CONCHA. Sí; habla bajo, que hay mucha gente.

PEPITO. (Aparte á Luz.) ¡Qué guapa es usted!

LUZ. (¡Cállese usted!) ¿Es verdad lo que acaba de decirme mi esposo?

DOROT. ¿Qué?

LUZ. Que el General está muy alarmado, porque ha desaparecido uno de sus ayudantes.

DOROT. ¿Sí? No sabíamos nada.

LUZ. Pues sí. Parece que el teniente Garrido estaba arrestado y no se le encuentra en su despacho ni en ninguna parte. ¡Qué sentimiento tendrá Conchita!

DOROT. ¿Conchita? ¿Por qué? Si es verdad, todos lo sentiremos.

GARRID. Lo peor no es que me formen sumaria, sino que me voy á morir de hambre.

CONCHA. Ten paciencia; yo aprovecharé la primera ocasión para abrir la puerta.

(Empiezan á aparecer grupos detrás de la verja.)

CAMILA. Ya debe venir la procesión, porque la calle se va llenando de gente.

DOROT. ¿Quieren ustedes que nos acerquemos á la verja? ¡Juan! (Llamando.) Pero ¿qué haces ahí, niña?

CONCHA. ¿Yo? Nada, dando un paseo. (Se oculta Garrido.)

DOROT. (A Juan que sale.) Cierre usted la puerta. (La cierra Juan y vase.)

PEPITO. (Saliendo al encuentro de Concha.) Yo tenía que hablar á usted.

CONCHA. Es inútil.

PEPITO. Es que quiere mi papá...

CONCHA. Ahórrese usted palabras. Sépalo usted de ahora para siempre: ¡no!

PEPITO. ¿No?

CONCHA. ¡No!

PEPITO. Soy muy desgraciado; yo quería que renunciase usted á mi mano.

CONCHA. ¿Que renuncie? ¡Pues eso es lo que digo! Por renunciado.

PEPITO. ¡Gracias! ¡Qué alegría!

CONCHA. ¿Alegría? ¡Debe usted tener una vocación muy grande por la Iglesia!

PEPITO. Ni pizca.

CONCHA. Pues entonces...

PEPITO. Yo, con su permiso... (Con mucho misterio.) por quien tengo vocación es por la gobernadora.

CONCHA. ¡Jesús! ¡Una mujer casada!

PEPITO. No tengo más remedio, porque como mi mamá no quiere que me case...

LUZ. Pero ¿no vienen ustedes?

PEPITO. Ya, ya vamos.

CONCHA. Gracias, me ha hecho usted feliz.

DOROT. Niños, que ya está aquí la procesión.

LUZ. Vengan ustedes. (Empieza la música. Todos se acercan á la verja.)

ESCENA XX

Dichos. CORO.

MÚSICA

CORO.
Ya va llegando
la procesión.
Cada grupito

trae su pendón.

(Cruzan por detrás de la verja del foro cuatro guardias civiles, de gala, abriendo paso, y en seguida el coro de chicos con pendones.)

¡Válgame la Virgen!
¡Cuántos colegiales
que parecen todos
personas formales!

NIÑOS. ¡Gloria, gloria al pueblo invicto
que ha probado su valor
combatiendo al invasor!

CORO. ¡Qué linda canción
y qué airosos van,
y así en formación
¡qué monos están!

(Desfilan los alabarderos.)

DOROT. Aquí tienen ustedes
los barrenderos,
que vienen disfrazados
de alabarderos.

(Pasan los soldados romanos con arcabuces al hombro.)

CONCHA. Mientras todos gozan
con la procesión,
él está encerrado
en el pabellón.
No ha comido nada
desde antes de ayer,
ni yo puedo darle
nada que comer.

(Pasa el alguacil del ayuntamiento, á caballo, tocando el clarín, y con el uniforme de miliciano nacional.)

CORO. ¡Qué bonito traje
lleva el alguacil!
¡No se encuentra otro

ni con un candil!

(Cruza la escena el carro triunfal con las figuras de Felipe V, el cardenal Richelieu y el príncipe de Condé.)

Pero aquí tenemos
el carro triunfal
con el rey Felipe,
que es lo principal.

(Sale el Alcalde presidiendo las comisiones, y detrás la banda municipal.)

ALCALD. El caso es que me voy
cansando de ir á pie;
pero me luzco más
de lo que yo pensé.

(Acabado el desfile el coro se va también detrás de la banda.)

DOROT., CONCHA., LUZ., CAMILA., PEPITO., JUAN. Ya desfilaron todos,
detrás el pueblo va
y el ruido de la gente
se va alejando ya.

(Se oye dentro un tiro y en seguida otros muchos. Gritos, alboroto, carreras, etc. etc.)

HABLADO

CAMILA. ¡Pobre Cabecín!

LUZ. Pero si no le habrá pasado nada.

DOROT. No se asuste usted, hija, por Dios.

CAMILA. ¿Por qué se habrá metido en eso del archiduque?

DOROT. ¿Quiere usted agua?

CAMILA. La gente corre como si hubiera revolución...

DOROT. ¿Usted ha soñado con toros?

CAMILA. Yo no he soñado con nada.

ESCENA XXI

DOROTEA, CONCHA, CAMILA, LUZ, PEPITO, EL GENERAL, EL GOBERNADOR.

GENER. (Entrando.) Necesito esto libre.
DOROT. ¿Qué pasa?
GENER. No lo sé.
CAMILA. ¿Le ha sucedido algo á Cabecín?
GENER. Ya he dicho que no sé nada; pero ahora le va á pasar algo gordo á todo el mundo.
CAMILA. ¡Ay, San Pantaleón bendito!
GENER. (Á Dorotea.) Necesito esto libre, vamos.
DOROT. Si ustedes quieren, pasaremos á mis habitaciones.
CAMILA. Yo quiero ir á ver si le ha pasado algo á Cabecín.
DOROT. Adiós, y no tenga usted miedo.
CAMILA. Si yo bien decía: «Cabecín, no te metas; Cabecín, por Dios, Cabecín...»

(Vanse por la izquierda Dorotea, Luz y Concha, y por el foro Camila y Pepito.)

ESCENA XXII

GENERAL, GOBERNADOR. *Luego* EL ALCALDE.

GENER. Ya estoy en mi elemento; gracias á Dios, ahora podré funcionar libremente.
GOBERN. General, creo que todavía no hay motivo...
GENER. ¿Cómo que no? Se me escapa el Alcalde sabe Dios cómo del encierro en que yo

le tenía; el teniente Garrido no parece; se disuelve la procesión á tiros...

GOBERN. Verdad que la confusión ha sido grande, pero...

GENER. Por eso debe usted resignar el mando.

GOBERN. ¿Por unos cuantos disparos sin consecuencias?

GENER. Por los disparos y por los antecedentes que yo poseo. Ahora mismo se va á redactar el bando declarando el estado de guerra; ha llegado el momento de repartir leña, y voy á comenzar.

(Aparece el Alcalde en el foro, con el sombrero apabullado y el traje en desorden.)

ALCALD. Señores, ¡ay, señores!

GENER. Me alegro de que venga usted.

ALCALD. Yo también me alegro, porque no creí tener tanta fortuna. (Se sienta jadeante.) Aquí hay alguien interesado en que no se conmemoren los hechos gloriosos de la localidad.

GENER. Ante todo, exponga usted lo ocurrido.

ALCALD. Pues verá usted. Iban marchando las escuelas con los pendones correspondientes. Los judíos arrancaban por todas partes exclamaciones de asombro cuando... ¡pum! se le escapa un tiro, yo creo que aposta, á un arcabucero de Felipe V. En seguida suena otro tiro, y otro y otro. La gente se alborota armando el gran escándalo.

GOBERN. Ya, ya lo hemos visto.

ALCALD. El primer Borbón se desmaya en brazos del príncipe de Condé y del cardenal Richelieu, todos los pendones caen á tierra, el populacho de la época huye dando gritos desaforados...

GENER. Y usted ¿qué medidas adoptó?

ALCALD. ¿Yo? La de decir «¡pobre de mí!» cuando estuve á punto de morir atropellado.

GENER. ¡Basta! Voy á disponerlo todo para la publicación de la ley marcial.

ALCALD. ¿La ley marcial? ¿De modo que ahora se casarán los chicos?

GENER. ¡Déjeme usted en paz!

GOBERN. Yo, sin embargo, debo consultar otra vez. Voy á telegrafiar en seguida. (Vase foro.)

GENER. Y usted haga el favor de esperarme un momento sin moverse de aquí. ¡La sangre del teniente Garrido va á caer sobre su cabeza gota á gota! (Vase detrás del pabellón.)

ESCENA XXIII

EL ALCALDE. *Luego* CONCHA.

ALCALD. Pero mi general... ¿sobre mi cabeza? ¡Sobre Cabecín gota á gota!...

(Sale Concha por la izquierda con un plato de jamón y un panecillo.)

CONCHA. (Esta es la ocasión más oportuna.) ¡Ay! ¿Está usted aquí?

ALCALD. Sí, señora. Gracias, no puedo tomar nada. ¿Y mi hijo?

CONCHA No sé. ¡Por Dios! no diga usted que me ha visto aquí con esto. ¿A usted no le ha pasado nada?

ALCALD. No, señora, pero me va á pasar; porque toda la sangre del teniente Garrido va á caer sobre mi cabeza gota á gota.

CONCHA. ¡Jesús! No diga usted atrocidades. Para el teniente es este jamón... ¡Le ha ence-

rrado aquí mi papá y se ha llevado la llave!

ALCALD. ¡Ah! ¿Está aquí?

CONCHA. Pero no lo diga usted, por la Virgen Santísima! (Se acerca á la ventana poco á poco.)

ALCALD. Bueno; no lo diré, pero conste que luego me van á echar á mí la culpa.

ESCENA XXIV

Dichos. DOROTEA.

DOROT. Pero ¿está usted aquí?

CONCHA. (¡Ay! ¡mi mamá! (Sepárandose rápidamente de la ventana.)

DOROT. Su señora acaba de ir á buscarle con Pepito.

ALCALD. Me alegro; ya estarán en casa.

DOROT. Pero ¿qué es eso? (A Concha.) ¿Para quién traes tú esa comida?

CONCHA. Para... para el señor, que con el susto... (Aparte á él.) ¡No me pierda usted!

ALCALD. Sí; con el susto... me ha entrado un apetito...

DOROT. Pues coma usted. Que traigan más. (El Alcalde come.)

ALCALD. No; basta, basta. (¡Qué difícil es tragar esto!)

DOROT. Ande usted, con franqueza.

ALCALD. Sí, señora. Es jamón. En esta población se consumen á la semana tres jamones por cada setenta y cinco habitantes y medio...

DOROT. No es mucho.

CONCHA. (¡Dios mío! ¡Pobrecito Enrique!)

ALCALD. Pero señora, ¿porqué se opone usted delante de su marido á una bodaqueusted deseaba?

DOROT. Porque á mi marido tengo que llevarle la contraria para que haga mi gusto.

ALCALD. ¡Ah! ¿Le gusta que le contraríen? Pues no me olvidaré de la recomendación.

CONCHA. Papá vuelve.

DOROT. No conviene que mi marido nos vea hablando con usted. Va á creer que estamos de acuerdo.

ALCALD. No, señora; no conviene.

DOROT. Y no tenga usted cuidado. (Vanse.)

ALCALD. ¡Esto es triste! Para una vez que presido, me pierden la alocución, me sueltan descargas... y el General la toma conmigo...

ESCENA XXV

ALCALDE, GENERAL, PÉREZ.

GENER. Vamos allá. (A Pérez.) Siéntese usted.

(Pérez se sienta junto al velador y prepara papel, pluma y tinta.)

ALCALD. ¿Está todo tranquilo?

GENER. Todo. A mí no se me levanta nadie. Y si alguno se levanta, lo reviento. Levántase usted.

ALCALD. ¡Un demonio!

GENER. ¡Levántese usted! (El Alcalde se levanta.)

ALCALD. (¡Caramba! El caso es que no me atrevo á contrariarle.)

GENER. ¿Cómo se llama usted?

ALCALD. ¡Qué! ¿Ya no sabe usted cómo me llamo?

GENER. Sí lo sé. Pero es una formalidad.

ALCALD. ¿Una formalidad? Cabecín y Zorrilla.

GENER. (Dictando.) Cabecín y Zorrilla... Casado. De malos antecedentes políticos... Es otra formalidad.

ALCALD. ¡Demonio! Eso será una broma. No veo la formalidad.

GENER. Cállese usted. Comparece ante mí y declara... Venga usted aquí. (Se acerca el Alcalde.) ¿Usted ha escrito un documento que empieza: «Al levantarnos en armas...»

ALCALD. Sí, señor; venga. ¿Dónde ha parecido?

GENER. Cállese usted. (A Pérez.) Ponga usted que se declara autor del escrito. ¿A quién está dirigido?

ALCALD. Al pueblo, para...

GENER. Basta. (A Pérez.) Al pueblo. (Al Alcalde.) ¿Cuál es el grito de usted?

ALCALD. ¿El grito? Pues yo, cuando me duele algo, digo ¡ay! como otro cualquiera.

GENER. No estoy dispuesto á tolerar bromas de ningún género. Vengan los nombres de los cómplices.

ALCALD. ¿Qué cómplices? ¡Ah! El cardenal Richelieu...

GENER. Ponga usted (A Pérez) que se hace el tonto á esta pregunta. ¿Dónde está escondida la persona en cuyo poder se han encontrado esos papeles?

ALCALD. Yo ¿cómo voy á saber dónde?

GENER. Más claro. Diga usted el paradero del teniente Garrido.

ALCALD. ¡Ah! el teniente... (¡Ay! que me ha dicho la niña que no lo diga!) Pues... no sé.

ESCENA XXVI

Dichos. JUAN (*con un plato de jamón y un panecillo*).

JUAN. ¡Uy! ¡Si está el General!
GENER. ¿Qué quiere usted aquí?
JUAN. (¡Vaya un compromiso!) Pues... me mandó la señorita.
GENER. ¿Qué es eso?
JUAN. Pues... (¿Qué digo yo? ¡Ah!) Creo que el señor tenía apetito...
ALCALD. ¡Otra vez!
JUAN. (Cállese usted, que es para salvar al tiniente.)
GENER. Le permito á usted que coma.
ALCALD. ¿Me permite usted? ¡Más jamón!
GENER. Coma usted, pero de prisa, que hay mucho que hacer.
ALCALD. ¡Si no puedo tragar ya!
GENER. (A Pérez.) ¿Está eso? Ponga usted que se hace el tonto respecto al teniente Garrido.
ALCALD. Sí, señor, que me hago el tonto y que me como todo el jamón de la provincia. No quiero más. (Devuelve á Juan el plato.)
GENER. ¿Ha acabado usted ya?
ALCALD. Sí, señor, por ahora.
GENER. Corriente. Este oficio al fiscal, y que vengan dos números para que se lleven al señor al cuerpo de guardia. (Vase Pérez con los papeles.)
ALCALD. Pero, mi general, esto ya pasa de formalidad.
GENER. Cállese usted.

ESCENA XXVII

General, Alcalde, Camila, Pepito.

Camila. Cabecín...
Gener. Señora, ¿cómo le han dejado á usted entrar?
Camila. Vengo á llevármelo. Creí que te habían herido.
Gener. (Diga usted á su esposa que se retire.)
Alcald. Retírate, Camila.
Camila. ¿Pero no puedes venir?
Gener. No, señora, no puede. Estamos ocupados en asuntos muy importantes.
Camila. ¿Ves cómo te decía yo: Cabecín, no te metas?...
Gener. (Vaya, esta señora nos va á fastidiar.)
Camila. (Al Alcalde.) ¿Sabes por qué te han tomado ojeriza? Porque después que has pedido la mano de Concha se han enterado de que Pepito hace el amor á la gobernadora.
Alcald. ¡No puede ser!
Camila. Me lo ha dicho la misma Concha hace un momento.
Alcald. ¡Hombre! Me alegro. Así no será cura.
Camila. Conque anda, vámonos.
Gener. Señora, no puede.
Camila. Pues yo no me voy sin tí.

(Salen por la izquierda Concha, Dorotea y Luz.)

ESCENA XXVIII

Dichos. DOROTEA, CONCHA, LUZ.

DOROT. ¿Qué pasa?
GENER. (A Dorotea.) Llévate á esa señora de aquí.
CAMILA. ¡Dorotea!
DOROT. Pero ¿qué ocurre?
ALCALD. Ya que todos están ustedes aquí, lo diré claro. Me quieren prender y procesar.
CAMILA. A tí, ¿por qué?
DOROT. ¡Muy bien hecho!
ALCALD. ¡Ah! ¿usted aprueba?
DOROT. Sí, señor. (Al General.) Tienes razón para todo.
GENER. ¿Que tengo razón? ¡Hombre! Si no fuera por la desaparición del teniente Garrido, ahora mismo le ponía á usted en libertad.
ALCALD. ¿Sí? Pues voy á decir dónde está el teniente.
CONCHA. (¡Por Dios, no nos pierda usted!)
ALCALD. El teniente Garrido esta ahí encerrado, y lo sabe perfectamente esta señorita.
CONCHA. ¡Calumnia!
GENER. Pero si el que estaba ahí era usted, y tengo yo la llave.
ALCALD. ¡Pues por eso estoy yo harto de comer jamón á su costa!
GENER. ¡Basta! (Saca la llave y abre la puerta del pabellón.) ¡Quieto todo el mundo! ¡Teniente Garrido, salga usted!

ESCENA ÚLTIMA

General, Garrido, Alcalde, Pepito, Concha, Luz, Dorotea, Camila. *Luego* El Gobernador. *Al fin*, Pérez.

Garrid. Á la orden, mi general.

Gener. ¿Quién le ha dado á usted esos papeles subversivos?

Garrid. Me los dió... Conchita.

Gener. ¿Es verdad?

Concha. Me los dió el señor. (Por el Alcalde.)

Gener. ¡Dígame usted ahora que no estaba yo en lo firme! (Al Alcalde.)

Gober. (Saliendo.) General. Ha contestado el ministro. Dice que el párrafo «suspenda Alcalde si es preciso» quería decir que el Alcalde suspendiera la procesión...

Alcald. ¡Más me hubiera valido!

Gener. ¡Una plancha por usted!

Gober. Al fin, veo que ha parecido el teniente...

Gener. ¡Déjeme usted en paz!

Pérez. (Saliendo detrás del pabellón.) Mi general...

Gener. ¿Qué quiere usted?

Pérez. Dice el fiscal que se fije vuecencia. Que esos papeles son una alocución para conmemorar la entrada de los alemanes.

Alcald. La mía. Ciento veintidós renglones, mil doscientas veinticinco palabras...

Gener. Bueno; tome usted sus papeles. Segunda plancha por usted.

Alcald. ¿Por mí?

Gener. Sí, señor; y excuso añadir que de aquello

del casamiento, como si no hubiéramos dicho nada.

CONCHA. ¡Qué alegría!

ALCALD. ¿Qué alegría? Pues tampoco me importa á mí lo de la boda, porque mi hijo está en relaciones con la mujer del gobernador ci... (Reparando en el Gobernador.) del gobernador mi... (Reparando en el General.) ¡Del gobernador eclesiástico!

TODOS. ¡Qué atrocidad!

ALCALD. Vámonos, y que sea feliz el teniente. El año que viene será mejor la fiesta.

(Al público.)

Antes que baje el telón
dad un aplauso á la obrilla,
y la meto en la casilla
de las que obtienen perdón.

MÚSICA

TELÓN



